

Recordar, compartir, aprender

A Coruña

Elvira Regueiro García, 71 años

Antón Vizcaíno Hermida, 19 años

LAS PERIPECIAS DE UNA SIETEMESINA

Las peripecias de una sietemesina, así es como se titula el libro recopilatorio de memorias que Elvira Regueiro está escribiendo. Y es que su vida no ha sido fácil pero, peripecia tras peripecia consiguió convertirse en la persona risueña y alegre que ahora se desenvuelve perfectamente en un mundo tan diferente de aquel en que vivió la primera etapa de su vida.

Escogió un mal momento para nacer, y un mal momento para ser una niña prematura: el 1937 no es un año que se caracterice por un buen servicio médico, especialmente en un pequeño pueblo lucense. Cuando nació su padre estaba en la guerra, así que su madre y ella tuvieron que ingeniárselas para salir adelante compartiendo una casa alquilada de veinte metros cuadrados con gallinas, ovejas, terneros y una vaca, que ocupaban dos tercios de una vivienda ya de por sí pequeña.

Hay una palabra que predomina en la historia que Elvira me cuenta: hambre. Su madre era jornalera, y le pagaban muchas veces con comida o con lo que buenamente podían. El agua también era un bien escaso, porque tenían que ir a buscarla a un pozo que había a un kilómetro de distancia. Elvira recuerda con ternura aquel pozo que guardaba “un agua muy bonita”.

Esta situación se mantuvo hasta que Elvira tuvo diez años, época en la que su padre volvió de la guerra y las cosas cambiaron para mejor. Según cuenta Elvira “fue como si viniera Dios”. Manuel Regueiro era barbero de profesión y recibía en casa a los clientes. Elvira intentaba ayudar en todo lo que podía y normalmente se encargaba de sujetar el candil cuando la luz del día no era suficiente. A veces se quedaba hasta las dos o tres de la mañana trabajando con su padre y un día de mucho trabajo a Elvira le entró el sueño y se quedó dormida, derramándole la lámpara de aceite por la espalda a uno de los clientes de su padre. El trabajo era duro, pero llegaba más dinero a casa y eso se agradecía.

Más tarde, llegaron a heredar unas tierras, con lo cual la situación mejoró mucho. Tanto fue así que cuando Elvira tenía 14 años, su hermana llegó al mundo, y con ella una nueva casa, ya en propiedad, con agua corriente y luz. A pesar de todo esto, seguía habiendo mucha precariedad y el hambre seguía siendo un miembro más de la familia. Cuenta Elvira que su padre trabajaba en las tierras que habían heredado, y que éstas estaban realmente lejos de donde ellos vivían. Sin embargo, a ella le gustaba llevarle la merienda a su padre porque el compañero de trabajo de éste siempre tenía un detalle con ella y le daba pan y cosas que llevarse a la boca y saborear con gusto.

Cuando la situación general mejoró un poco, Elvira se casó y tuvo dos hijos. Se mudó a vivir en A Coruña, donde consiguió trabajo y donde tuvo la oportunidad de prosperar y de vivir cómodamente sin carecer de nada.

Es fascinante como la vida y el mundo en general pueden cambiar tanto en unos pocos años, y como a pesar de todas las dificultades se puede conseguir triunfar a base de esfuerzo, trabajo, sudor y lágrimas.

Creo que la historia de Elvira podría y debería ser motivadora para mucha gente que se encuentra con dificultades a lo largo de su vida, para demostrarles que se puede mejorar, que otro mundo es posible, que no hay que rendirse, que hay que seguir trabajando duro para salir del agujero y poder respirar con alivio mientras se intenta salir a la luz de una nueva vida llena de esperanza, de alegría y libre de sufrimiento. Después pasar por delante de lo que un día fue su vida y rememorar aquellos pequeños rayos de sol que hacían que hubiera

Recordar, compartir, aprender

algo por lo que luchar, igual que recuerda Elvira cada vez que pasa por delante de su antigua casa y llora lágrimas de añoranza mezcladas con tristeza y alegría al recordar los pequeños capítulos, llenos de detalles, que completarán las páginas de la historia de lo que fue, es y será su vida.

Elvira tiene ahora dos deseos: terminar su libro de memorias, que dejará para que su historia no perezca a lo largo del tiempo; y sacarse una foto junto a su antigua casa, para que ni la más grande de las máquinas demoledoras sea capaz de borrar de la historia los recuerdos de la gente que ha conseguido que este mundo en el que vivimos sea mejor, para que no se borre el legado que personas como Elvira dejan a su paso, para que aprendamos de ellas y nos esforcemos en cada paso que damos, para conseguir dejar historias tan remarcables como la que Elvira nos deja a nosotros y que ahora tenemos la oportunidad de contar y leer. Resulta, por tanto, entrañable y gratificante poder transmitir de primera mano las increíbles peripecias de esta sietemesina.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

-¿Qué es lo que merece la pena de la vida y qué has aprendido durante todos estos años? “Desde mi punto de vista, la juventud es un periodo del que se obtiene una gran cantidad de experiencia para poder sobrellevar los años que vendrán después. Es también importante, por tanto, aprender de la juventud de hoy en día, porque ellos son los que nos dan alegría y ganas de vivir.

Al vivir una infancia y una juventud tan dura, con los años, he aprendido a valorar las pequeñas cosas de la vida y a adaptarme sin necesidad de bienes materiales. Se aprende a valorar, por tanto, a aquella gente que tenemos cerca, como la familia y los amigos, que nos ayudan a sobrellevar el día a día, y eso es lo que merece la pena de la vida.

He aprendido también a ser observadora y a valorar las acciones de la gente, tomando los favores y los cumplidos que se me hacen, no como una obligación, sino como algo que sale de dentro de las personas”.